

El misterio del nacimiento de Jesús, en Begonte

El Progreso, lunes, 1 de enero de 1996

Víctor L. Villarabid

El Belén Electrónico de Begonte cumple su vigésimo cuarta edición. Vuelve a ser, desde que el pasado día 16, que fue inaugurado, el gran exponente del misterio del nacimiento de Jesús para toda Galicia. Este año sus promotores acertaron dotándolo de novedades importantes; nuevas figuras, otras en movimiento y la primera naturalza viva, como son los peces que poblan la nueva piscina, y sus majestades los Reyes Magos, que cabalgan durante los doce minutos que dura la representación del más grande acontecimiento de la historia de las religiones y misterio bíblico.

Un año más el Belén de Begonte se ha convertido, desde que el obispo de la diócesis, fray José Gómez, lo inaugure el pasado día 16, en el recuerdo del más grande misterio del orbe, repitiéndose sus representaciones hasta el próximo 28 de marzo, que será clausurado.

¿Qué nos recuerda esta instalación del Belén Electrónico de Begonte? No cabe duda de que en primer lugar a la ciudad de Belén, pequeña población árabe, que dista tan sólo 10 kilómetros de Jerusalén, hacia el sur y entre las montañas de Judea y dentro de las tierras de Cisjordania. En Belén, se recuerda el nacimiento de Jesús, en la Basílica de la Navidad, construida por Constantino en el año 338 y luego reconstruida por Justiniano, ya en el siglo VI. En ese templo, en la parte baja de uno de sus altares, puede verse una cruz de plata en la que reza la inscripción: "Jesucristo nació aquí de la Virgen María".

Recordar al hombre del siglo XX un acontecimiento de este tipo, como lo hizo el Belén Electrónico de Begonte durante estos 24 años últimos, ya compensa por sí solo el montaje y representación que hace con tanta perfección ese organigrama humano que aprovecha el Centro Cultural 'José Domínguez Guizán' situado al margen de la Nacional VI, Madrid-A Coruña.

La representación de la historia comienza con el viaje que María y José hicieron a Belén en cumplimiento del edicto del César Augusto. Llegaron a Belén con la alegría de estar en el lugar de sus antepasados, pero muy cansados de un viaje que transcurrió por malos caminos, según nos dice San Lucas. Debíó José llamar a muchas puertas, buscaba para María un aposento digno. No fue posible, en Belén tenían lugar unas importantes fiestas y ferias. Seguro que María, sonriendo y con alegría, le diría a José que no se preocupara, que se arreglarían en unas chozas o cuadras que habían dejado atrás, en las afueras de Belén. José, ante tal expresión de su esposa se encontraría reconfortado.

Buscando, en los últimos intentos, ya no un hospital, si no una mediana fonda, el futuro y discutido padre tiene que doblegarse y atender los ruegos de María. Vuelven atrás y se instalan en una de aquellas



cabidades, compartiéndola con el buey y la mula, que se nos ofrecen en la iconografía del Nacimiento por los más famosos pintores. Seguro que la futura madre, lo hacen todas, va prevista de pañales y todo lo imprescindible para la atención del recién nacido que espera.

Acomodados, medio adormecido José por el cansancio y la inquietud de ver como el gran acontecimiento del mundo no encuentra respuesta, se ve sorprendido por la llamada de María desde su improvisado camastro. "Se habían cumplido los días", José se lo había adelantado a María antes de iniciar el largo desplazamiento. "María, es temerario ponerse en camino, habrá tiempo de sacar esos carnés de identidad y esos documentos para la apertura de nuestro taller de carpintería. Ya acudiremos a las tierras de Judea cuando el niño haya nacido". Estaba escrito y programado en el designio de Dios.

Todo fue fácil, pocos minutos más tarde estaba en el mundo un niño, robusto y lleno de salud, no obstante José quería que al niño y a su madre les reconociese el tocólogo. Esto no era



posible y todo había salido bien. Ya se entraba en el gran trance, el inicio de algo que cambiaría la historia del mundo. Se comenzaría una nueva era y en las paredes de los hogares de casi todo el mundo se colgarían unos almanaques de reciente aparición reflejando el año uno.

Pero con ese nacimiento vendrían también los primeros problemas. El mantecoso y robusto crío iba a ser motivo de que se viesan amenazados políticos de élite de aquel momento. Las profecías decían que iba a nacer un nuevo rey y que procedería de la Casa de David. Los políticos sabían muy bien lo que aquello podría entrañar de cara a su futura permanencia en el poder.

Si verdaderamente nos paramos a pensar en la representación del Belén de Begonte, nos daremos cuenta de que esos dos siglos que separan el origen de la realidad presente, veremos que la situación es la misma, siempre amenaza alguien que llega pisando los talones.

José y María, además de otras buenas mujeres y hombres que se hicieron eco de ese nacimiento, consiguieron enseguida, con los primeros llantos del niño, que se iniciase todo ese diálogo de asombros y arbitrariedades que acompañan cualquier vida que se inicia. Se discutió sobre el peso del crío, acertando todos los presentes, entre los tres y los cuatro kilos. La jofaina, que tan voluntariosamente se presentó con agua caliente para lavar al niño, sin dejar posibilidad de respuesta, ni a la propia madre María, dijo que pasaba de los tres y medio, siguiendo tras sentencia tajante sus labores de separación de los últimos restos de placenta, si es que dentro de una situación de resguardo del rey de los mortales cabe esa igualdad.

Al final, cuando llegaba la media noche, José y María, en el silencio de las almas, por separado, pensaban en el lío en el que estaban metidos. Como se había cumplido la palabra del profeta, no faltó la positiva señora que entonó el villancico que comenzó a cantar media docena de personas que con los animales compartían el aposento en el entorno del recién nacido.

No obstante, dos buenas mujeres convenían que el recién

nacido tenía los ojos de padre y la boca de su madre. No faltó la que dijo que iba a ser un niño muy listísimo, que parecía reirse y que fijaba mucho la vista. Seguían fijas las miradas de José y María, quienes pensarían en la mundana conversación que se tenía sobre el Rey del mundo que acababa de nacer.

Mientras tanto, en Belén, a muy poca distancia de esta acogedora gruta, sonaban en el aire las bombas de palenque, fruto de la gran fiesta que celebrarían en honor a todos los que llegaban a empadronarse y proveerse de los car-

nés de identidad, norma que había promulgado el César.

Pero como no hay nada que se difunda tan rápidamente que la noticia de una vida nueva, rápidamente se enteraron todos los corresponsales de turno y, que una doncella que venía a Belén a empadronarse, no encontraba hospital ni fonda para su alumbramiento, y que tuviera que dar a luz en una caverna, hizo que ocupase columnas importantes en la prensa local, llegando a reseñarse ya en primera el acontecimiento, que luego, los más avisados columnistas acertarían a seguir la noticia, que hoy, dos mil años más tarde, sigue siendo actualidad.

Si alguien se olvida de ello, por Navidad se lo recuerda, desde hace 24 años, el Belén de Begonte, que además de representar el gran misterio de la humanidad, en tan sólo ochenta metros cuadrados a base de cincuenta figuras en movimiento, trabajos artesanales en su mayor parte, también nos depara las cuatro estaciones, el día y la noche, el sol y la tormenta, la nieve y las estrellas, un misterio nuevo al borde de la Nacional-VI, que espera la visita de los hombres de buena voluntad.